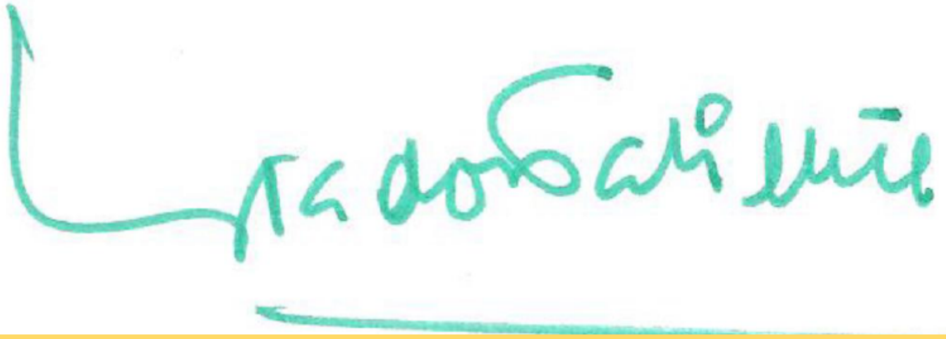


Salvador Pérez Valiente

ABRIL, 2020 – Nº 5

La Voz de Fortuna

Salvador Pérez Valiente
CUANDO YA NO HAY REMEDIO (I)

Salvador Pérez Valiente, nos cuenta su gran amigo Raimundo de los Reyes —murciano, periodista y poeta como él—, estuvo marcado siempre por la muerte temprana de su padre, que era de Fortuna, pueblo a donde se trasladó Salvador al quedar huérfano, a casa de sus tíos paternos, y donde vivió una infancia triste y solitaria, con apenas amigos, acentuándose su carácter introvertido. "Cucarachilla" le llamaban cariñosamente, porque siendo tan pequeño iba vestido de luto. Cumplidos los nueve años se trasladó a Alcalá de Henares, a casa de un hermano de su madre, que era secretario del Ayuntamiento. Estudió allí bachillerato en el colegio de los Escolapios. Después, con 17 años de edad, participó en la Guerra Civil, en la zona de Segorbe, alistado en el Cuerpo de Carabineros del bando republicano, lo que le supuso una experiencia traumática y terminó de forjarle un temperamento "duro, hosco y desconfiado (...) que acoraza, no obstante, un corazón generoso y sensible a la desgracia humana".

Finalizada la contienda fratricida, pasó a Madrid para cursar la licenciatura de Filosofía y Letras, después de probar la de Derecho, la carrera de su padre, que había sido abogado. Más tarde, dio clases particulares en Socuéllamos y Talavera de la Reina y, finalmente, decidido a desarrollar su vocación literaria –que había nacido "devorando" la biblioteca de su tío en Alcalá— vuelve a la capital de España. Colabora en revistas, como *Juventud, Haz, Garcilaso*... y entra en el mítico Café Gijón, participando en una de las tertulias, la que lideraba Camilo José Cela. "Otra vez la gran ciudad ante sí –dice De los Reyes— dispuesto a triunfar contra todo y contra todos".

En aquellos años de posguerra, "años de cucaña y esperanza" en palabras de César González Ruano, Madrid era un hervidero de jóvenes de provincias que venían a comerse el mundo, huyendo de unos pueblos y ciudades dormidos para la creación artística. Murcia era entonces una modesta ciudad que no ofrecía ninguna expectativa a aquellos que querían labrarse un futuro como escritores o artistas. Por Madrid andaban, unos de forma permanente, otros más esporádicamente, Jaime Capmany, José Planes, Antonio Oliver, Carmen Conde, Gómez Cano, Hernández Carpe, Saura Pacheco, Castillo Puche y el ya citado Raimundo de los Reyes. A ellos se unió enseguida Pérez Valiente. Sus primeros poemas motivaron que pronto empezara a ser conocido con el apelativo de *murciano de dinamita*, por sus "versos duros, durísimos, berroqueños —en palabras de Dámaso Santos—, donde pone una pasión que desborda todo límite (..) que estallan con la lírica dinamita en una lava de ternura, de amor, de afirmación de esperanza".

Su obra aparece clasificada en distintas corrientes (tremendismo, social, religiosa...), pero nuestro paisano no se deja clasificar fácilmente y rehúye todas las etiquetas. Pues su poesía, ya desde sus inicios, supuso un grito rebelde que desentonaba en el panorama del conformismo evasivo de los años 40, donde aparece como un brote disidente y amargo del movimiento garcilasista, en cuya génesis había colaborado. "Mi poesía —dice Pérez Valiente— está dirigida a un hombre determinado: el lector, a solas y con su problema a cuestas, personal e intransferible. Porque la poesía, como la muerte y el amor, hay que sufrirla en soledades (...) Creo, pues, en la palabra de un hombre para otro hombre, y cada vez más siento que mi destino y mi vocación me arrastran a escribir para uno entre muchos".

La soledad, la muerte, la angustia y la tristeza son para Pérez Valiente los temas sobre los que vuelve una y otra vez ("uno escribe siempre lo mismo", porque "en poesía, como en la vida, lo que no es biografía es plagio", dice parafraseando a Eugenio D'Ors). "Su poesía —en palabras de José Hierro— se presenta siempre con apariencia distinta. Podemos pensar en la luna, diferente según las fases, idéntica a sí misma en lo esencial. Evoluciona sobre todo en eso que llamamos tono, acento". Su inspiración está en Quevedo, en el Eliot de los *Cuatro cuartetos* y en el evangélico Sermón de la Montaña. Rechaza la poesía como editorialismo político, pero le parece inmoral "cantar única y exclusivamente a la rosa", desdeña a los "poetas de boda y bautizo", porque le "rebela la justicia y la violencia (...). Soy un ser sincero y absolutamente insobornable, que lucha en cada momento por la verdad". Tal como le confesó en una entrevista memorable al profesor universitario Belmonte Serrano —cuando este ejercía de periodista, a finales de los 80— quería que en su epitafio se escribiera: "Se fue de la soledad a la Soledad". Y añadió: "¿Qué vida no es morir?".

CUANDO YA NO HAY REMEDIO es el primer libro de poesía de Salvador Pérez Valiente. Lo publicó, en una esmerada edición —como todas las suyas, a excepción de la descuidada antología que le hizo el Ayuntamiento de Fortuna a principios de este siglo— en la Colección de Poesía Halcón, de Valladolid, en 1947. Recogía 19 poemas escritos entre 1939 y 1946, e iba precedido de un espléndido dibujo (*Retrato del poeta*) de su amigo Antonio Gómez Cano. Este primer libro lo dedicaba Salvador "A mi madre, más allá de esta funambulesca fiesta".

El título del libro marcaba ya el derrotero que iban a tomar los poemas. Lo cogió de una poesía de Rafael Alberti, *Colegio (S.J.)*, una composición circular llena de resentimiento hacia la discriminación social, que, basada en la situación económica, sufrían los alumnos "externos" del colegio de los jesuitas en El Puerto de Santa María, entre ellos el poeta gaditano.

El libro lleva dos citas, lo que, tratándose de Pérez Valiente, tan meticuloso, y que —si se me permite la expresión coloquial— "no daba una 'puntá' sin hilo", no estaban elegidas al azar, sino que estaban ligadas con su forma de pensar. Las teorías de los autores citados se abrían paso, poco a poco, entre el reducido círculo de intelectuales que había por entonces en la casposa España del franquismo. Una de las citas ("*La mer, la mer, toujours recommencée*") era de Paul Valéry, poeta, ensayista y filósofo francés, representante de la llamada "poesía pura", y cuya influencia como pensador ha llegado hasta la Escuela de Frankfurt (Theodor W. Adorno) y a la actual Filosofía de la Deconstrucción de Jacques Derrida.

La otra cita ("*Naturalmente, una poesía no es nada*") es de Leonid Andréiev, prolífico escritor y dramaturgo ruso, idealista y rebelde (¿modelo para Pérez Valiente?), líder destacado del movimiento literario expresionista de Rusia, que terminó exiliándose en Finlandia, desde donde fustigó el régimen soviético, a pesar de la amistad que le había unido con Máximo Gorky.

Las composiciones que forman *Cuando ya no hay remedio* son de métrica variada, con predominio de los heptasílabos. Al igual que otros poetas de la época, Pérez Valiente comienza a utilizar versos que ocupan más de una línea, a veces hasta tres y cuatro. Y a pesar de su militancia en el grupo de "Juventud Creadora", al amparo de la revista *Garcilaso*, Pérez Valiente es de los primeros en romper con los cánones poéticos del momento, por lo que la rima está ausente en la mayor parte del libro. Tiene un gran dominio del verso libre, muy fluido, original y personal. "Su estilo es —según Díez de Revenga— exaltado y dialéctico, y está presidido por una vehemencia expresiva que fue ya su sello de identidad para siempre". Valbuena Prat ha escrito que este libro es "hondo y excelente, ágil, terrible, sarcástico y abismal". "Hay en su poesía- -según Guerrero Zamora- un alma en lucha, en agonía, una voz zarandeada por el dolor, la rabia y la amargura (...) Mas en el fondo de este torrente lírico, despeñado en interiores cimas, palpita también la ternura, el amor, la esperanza". Por su parte, José Ballester, habla de "Una voz flagelante de las miserias, las lacras, los errores del mundo, verdaderamente iracunda (...) De un golpe de cincel queda el verso íntegro, sin adherencias superfluas, con la dureza y el filo adecuado. No deja de ser elemento revulsivo el empleo de una ironía que a veces raya en el sarcasmo".

El primero de los poemas, *ELEGÍA ANTE EL RECUERDO DE MI PADRE*, lo escribe en memoria de su progenitor, muerto cuando él tenía poco más de cinco años, y asoma en él la ternura, la suave nostalgia de un tiempo pasado:

Aquí, en un cementerio ciudadano y horrible
erizado de hierros y botellas vacías,
de papeles pringosos que el viento deletrea
duermes dieciocho años, sin voz y sin sonrisa,
......

Tu carne, ya deshecha, recobra con la lluvia
su cálido esplendor de caricia y palabra

para ser rama humilde, corazón o guijarro
junto a las avenidas, amargas y desiertas

La soledad, de la mano de la muerte, no tarda en aparecer, en el siguiente poema, que denomina simplemente con la letra **S**:

Desde esta soledad,
ya ni la muerte asombra
(La muerte es una cosa,
amarilla y redonda
que el viento lleva y trae).
Al lado, el lado: cosas
......
Ahora, desde mi vida
desde mi muerte, sí
¿qué gesto, qué postura,
qué auténtico retrato
pudiera remorir?
......
Ya solo yo soy yo

También en el poema que dedica a Rafael Montesinos, *MUERTE MÍA*, sigue dándole vueltas al tema, centrado ahora en la visión de su propia muerte, de la que se ríe sin pudor:

me marcharé cualquier día
muy rígidamente cuerdo.
Tres curas y cuatro grillos
cantarán la letanía:
gori, gori, gori, gori...
¡Qué alegría!
Metidos en trajes negros
en todas voces diréis:
—¡Pobre muchacho! ¡Tan bueno!
Me reiré.

los puñaditos de tierra
sonarán.
El viento se irá llevando:
"¡Tan sencillo! ¡Tan correcto!"
Y yo, solo. Como antes.
Como siempre, siempre. ¡siempre!
Muerto.

El poema *VIDA*, que se ha querido ver como una velada referencia al advenimiento de la Segunda República, incrementó la fama de provocador que tenía Pérez Valiente, al que sus camaradas del mundo de la poesía apodaban en los círculos literarios con el calificativo de Pérez *Jabato*:

Altos, grises tapiales.
Hostiles, negras rejas
y una rosa allá al fondo
proclamándose.
......
No pasa nada.
Es demasiado tarde.
Siempre es tarde
para llegar a tiempo
a cualquier parte.
......
Lunes. Abril. Catorce.
San Poligenio, papa.
Detrás viene el día quince
Ya es mañana.

Su sentido trágico de la existencia le inspira su *PRIMERA ELEGÍA A MI VIDA*, donde la muerte le sigue rondando, incansable, mezclándose con "les jeunes filles en fleur" y el sentimiento religioso de la culpa, que le lleva a apelar a Dios con una súplica-pregunta con que termina el poema:

La muerte empieza aquí
Aquí está y permanece.
......
Quizás la muerte es nada.
......
y ese marchar gritando por la ciudad terrible del
 deseo en una madrugada que no termina
¿se llama amor o vida?
Quizás la vida es nada
La vida es la mirada meditabunda y sola de un
 buey cansado
o una flor,
una terrible, única flor, encendida, rojísima, que
 una desconocida muchacha nos entrega y
 nos abre.
......
Quizás la vida es nada.
......
¿Acaso ese retrato,
ese papel que sabe mi nombre y apellidos,
 representa ante el mundo un instante
 siquiera de mi vida?
......
Sabéis que voy vencido a las cosas.
He de morir yo solo.
......
Oh envidia,
rabia,
devastador, amargo arcángel rojo,
atormentador ímpetu que tortura mis noches,
que angustiosamente clama y escribe en el
 cerrado silencio de la habitación,
en letras de violentísima llama:
"sexto pecado, sexto pecado, sexto pecado"
y repite "sexto pecado" mientras el corazón
 estalla y las sienes furiosamente arden.
Y la tristeza en blancos almohadones va
 quedando
y un purísimo grito, ala de arcángel que huye,
......

Y aquí, en el eterno camino que no termina,
bajo la noche eterna,
eternamente espero.
Hombre,
tú, el hombre.
Y nada.
¡Hasta cuándo, Dios mío?

En *CON EL CIELO TAN LEJOS*, durante los últimos estertores de la Guerra Civil trastocando la vida de los pueblos, hace un ajuste de cuentas despiadado con su familia fortunera, lleno de reproches, de rencor, con una voz zarandeada por el dolor, la rabia y la amargura, que ni siquiera la referencia a la madre dulcifica:

AHORA,
con el cielo tan lejos,
viejos parientes robadores del sueño,
con el cielo
tan igual, tan vacío, tan triste,
sobre vuestras cabezas

Continúa en la página siguiente...

Viene de la página anterior

y vuestros heredados cuerpos,
ahora,
casi desconocidos parientes,
en este instante,
cuando un San José de yeso,
un abreviado Santísimo Rosario,
un interesado rezo,
no podrían defender vuestras cosechas,
vuestros campos,
los desiertos graneros,
ahora,
labriegos ciudadanos,
con la tierra que inexorablemente el sol maldice ahogándoos
y que os sobrará para los huesos,
sin trigo, sin aceite, sin almendros, sin flores,
con los Bancos cerrados,
con los Registradores enfermos
y la antigua medalla de caciques
colgándoos del cuello,
ahora, lejanos tíos,
ignorados parientes de una sangre que muere,
cuando sólo dos perros defienden vuestra casa
ahora quisiera hablar de mis recuerdos.

Debisteis no olvidarlo;
nunca es tarde para hablar de esta historia,
de este resentimiento
que puede maldecir vuestro destino,
vuestras letras de cambio,
hasta el postrer gemido,
la olorosa madera de un ataúd
que irremediablemente os va a servir de enterramiento.
Debisteis no olvidarlo.
Yo era entonces un niño perdido, abandonado.

Os hablo de mi madre.
cada lágrima suya,
cada carbón manchando su mejilla,
la dulce mansedumbre de sus manos,
separa nuestras vidas.
Oh, lejanos parientes de una sangre que lloro,
debisteis no ignorarlo.
intentasteis hasta borrar los nombres,
las señales, los años.
Pero un corazón crece sobre el mundo
y un abismo separa nuestras vidas
irremediablemente,
fatalmente,
oh parientes lejanos.

Nunca es tarde para hablar de estas cosas.
La Historia es una historia repetida,
la plenitud de un llanto.
Quisisteis que olvidase.
Pero un corazón crece. Y un abismo.
Fatal, infranqueable,
eterno,
ancho.
Nunca es tarde, parientes,
para cantar furiosamente,
interminablemente,
los agravios.

Hablo
de una primera comunión
sin traje blanco,
de doce carnavales sin pierrot,
de un bautismo,
de una confirmación
entre lluvias y barro.
Nunca es tarde, parientes,
cuando hay un corazón que señalamos.
¡Los mecánicos y complicados juegos de los primos,
los vestidos,
los pájaros!
Y yo tan solo. Solo.
Tímido corazón deshabitado.
Por olvidar mi sangre, mi edad, mis apellidos,
guardasteis los retratos.
Borrasteis las señales, repartisteis
papeles, montes, campos.
Un abismo,
un abismo separa nuestras vidas,
no queráis ignorarlo.
Ahora que los aperos enmudecen
sobre la tierra —¡mía!—
que basta a vuestros pasos,
hora es de recordar, viejos parientes,
para gritar furiosamente,
interminablemente
los agravios.

Y al odio, del que Pérez Valiente ha llegado a decir en alguna ocasión que es "un motor de inspiración (…) En el fondo el amor es la sublimación del odio" le dedica uno de los poemas más ásperos, donde nos muestra su inigualable lenguaje directo, sobrio y sincero, *CANTATA DEL ODIO*:

MUCHACHA
¡que no te engañe el poeta!
Poeta,
¡que no te engañe el poeta!
Barrendero,
¡que no te engañe el poeta!
……
Porque el poeta es una odiosa mentira.
……
Mira tú como quieras,
donde quieras,
lo que quieras.
Porque el poeta es la más odiosa mentira de todos los tiempos.
Yo quisiera que mi voz se te entrase por los ojos, mi rencor te llenase las manos, y mis huesos y mi sangre fuesen la clave exacta del secreto pensado de las cosas que el poeta te explica.
Quisiera que supieses que son mentira.
Mentira todas.
……
(Sólo el odio es verdad.
El odio:
que disimula abrazos,
y destruye momentos,
y arrasa,
y mata...).
……
Yo quisiera que mi palabra llegase a ti sin letras, sin peso, para ser esto sólo: el odio,
que purifica,
y aísla
y salva.
……
Y reírme después, entrándome en el odio.
Solo.

Con todo, es en LA DESESPERADA NOTICIA A JOSÉ GARCÍA NIETO el poema donde la desolación, mezclada con una gran emoción, se recrea en temas de mayor dureza, aunque en algunos momentos parezca que se abre un rayo de esperanza, de raíz religiosa. Salvador desnuda su alma, sin rubor alguno, ante un amigo, compañero de tertulia del Café Gijón. Antes de que restalle la primera estrofa, relaciona una serie de citas que nos sirven para enmarcar el sentido de su poesía. De Goethe ("Siempre es demasiado tarde y siempre en vano cuando se abren mis ojos para verme a mí mismo"), de Miguel Hernández ("Siento que sólo la sombra me alumbra"), de Gustavo Adolfo Bécquer, recreado por Luis Cernuda ("Donde habite el olvido") y de Antonio Enríquez ("Bien sabe el cielo que con sangre escribo"):

HE llorado tantas veces,
en la alta soledad de la noche,
cuando la paz es patrimonio sólo del más frágil de los recién nacidos, del más apartado de los sepulcros,
he pensado tantos años enteros sobre el oscuro destino de cada madrugada, sobre el cadáver que eternamente entierro si pasa un día, si pronuncio una palabra, una sola palabra,
que ahora no sé,
oh triste corazón de llanto,
hasta cuando esperaré inútilmente.
Imperiosa, eterna, enemiga de los humildes hombres, del huérfano vuelo de los pájaros, la vida pasa inexorablemente, transcurre para no regresar jamás, se olvida...
Como un río de barro sucede,
interminable y repetida como un pozo de frío y de sombra.
¿Hemos de pisar siempre sobre muertos,
hemos de caminar descalzos
sobre verdes botellas deliberadamente rotas,
sobre una misma historia inútil?
Dios seguirá ignorando mi vida porque me cuesta creer en la resurrección de los muertos,
en el perdón de los pecados veniales.
……

cuando apenas si el alto sol alumbra los cuartos abandonados precipitadamente,
los cementerios,
los tristes hospitales,
los hospicios y el fácil sueño de los niños ricos,
los húmedos patios de vecindad y los arrabales.
He complicado mi vida en la esperanza
y ahora sólo sé,
oh abandonado corazón,
que una mano se tiende acusando,
que amenaza y exige detrás de todo,
donde termina todo.
Cien millones de mundos giran eternamente,
perfectamente.
Casi dos mil millones de habitantes
pasan,
se pierden,
mueren.

He complicado mi vida en el silencio, en la esterilidad de unos labios que nunca sabrán decir sí, ni quizá, ni acaso.
He manchado mi vida con las viejas historias de abandonados niños, de mujeres redimidas a tiempo, de hombres amenazados y de puños cerrados de impotencia y de rabia.

……

alguien,
las condenados a muerte,
los que habitan las más altas buhardillas,
los jóvenes enfermos,
las muchachas a punto de perderse,
volverían a Dios.
He manchado mi vida esperando, esperando siempre.
He gritado junto al corazón de los hombres para regresar desde el antiguo camino.
Porque el hombre está solo.

Amigo, tú lo sabes,
tú lo sabes, pero voy a repetirte
que nuestra soledad no tiene remedio,
que habría que multiplicar por cien cada palabra para que la gente detuviese un instante su enloquecido paso.
¡Las palabras!
Se atropellan, se agitan, fallecen en el aire.
¿Tú podrías decir cómo te llamas?
He gritado interminablemente,
he vuelto a preguntarme
con un clamor de sangre en la garganta.
Mas nada queda ya, sino ceniza,
detrás de las palabras.
Oh tu amistoso abrazo: Dios existe.
Mas quizá sea demasiado tarde.
Tú lo sabes;
un sólo gesto podría salvarnos si una muchacha en flor quisiera,
……

He tenido que olvidar rencorosamente tantas horas perdidas.
Mas clamaré en el silencio de las calles desiertas, de los templos vacíos.
Porque ese es el destino del hombre.
Olvidaré los apellidos, las ciudades, para seguir muriendo de cansancio.
Y esperaré la luna todavía.

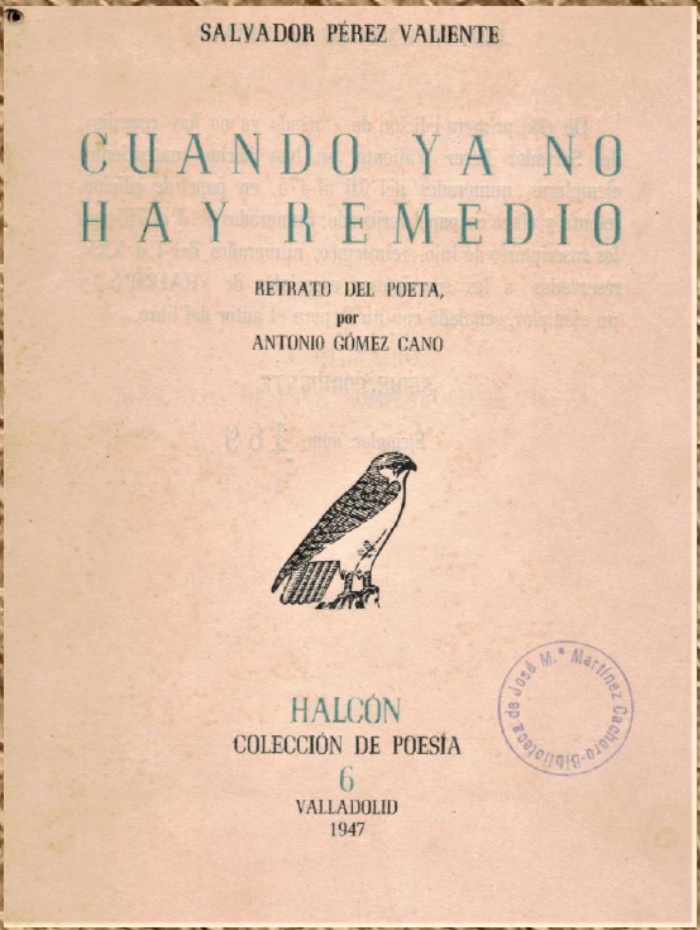
Yo quisiera saber que sobre los faroles,
sobre las pobres mujeres indefensas que han nacido desnudas para poblar la noche,
para creer remotamente en Jesucristo,
—árboles, piedras; quizá sólo paisaje, cosas—
Dios tiende su mirada.

Amigo,
abandonado como yo al dolor eterno de volver a empezar,
tú ya lo sabes.
Si las palabras quieren decir aún algo,
si es verdad que los pájaros viven milagrosamente y el desinteresado cántico de las cigarras importa,
si un buen día va a amanecer hecho de luz gloriosa
Y Dios ordena el viento y la sonrisa,

……

Dime, amigo, que esperas.
Y habitaré el olvido, el sueño,
las dulces avenidas de mi infancia.
¡Oh soledad, destierro, viva historia!
Esta es mi vida, amigo,
sencillamente escrita.
Tú lo sabes.
Sea contigo la paz.

Pablo Larra



Un equipo de gobierno al que parece no importarle mucho la cultura y la defensa del patrimonio de los fortuneros

Salvador Pérez Valiente sentía una gran admiración por Rafael Alberti, a quien conoció personalmente en 1977, cuando el poeta gaditano volvió del exilio romano para entrar como diputado del PCE en el Congreso, tras las primeras elecciones generales democráticas celebradas ese año, que luego devinieron en Constituyentes. En su casa de Madrid, Salvador tenía varios libros de su colega, firmados con sentidas dedicatorias, ¿alguien del Ayuntamiento anterior conoce el paradero de esos libros? ¿O de los dedicados por otros grandes escritores del momento, contertulios del Café Gijón, o amigos personales u ocasionales de nuestro poeta?

¿Nadie del actual Ayuntamiento va a investigar el expolio sufrido por el legado que el poeta donó al PUEBLO, a los fortuneros y fortuneras —que son sus legítimos propietarios— a finales del año 2000, y que una furgoneta recogió seis años más tarde en la casa del poeta, en la calle Quintana nº 22 de Madrid, sin que se levantara siquiera un inventario del mismo, pero pagando religiosamente los gastos que durante una larga semana originó la expedición municipal a la capital de España? ¿Acaso esperan a que se ponga en marcha una iniciativa ciudadana exigiendo ante el Juzgado responsabilidades penales pasadas o actuales?

Conociendo al poeta, tan meticuloso hasta el último detalle, tan ordenado con sus libros —que se contaban por miles—, revistas de literatura y discos de música, de los que tenía centenares, ¿alguien en su sano juicio puede entender que ni siquiera se encuentre su obra literaria completa entre lo que queda de su donación, en la biblioteca municipal? ¿No tienen nada que decir al respecto las personas que fueron nombradas por Salvador Pérez Valiente como sus representantes en la Comisión creada "para la vigilancia del exacto cumplimiento del Convenio" entre el poeta y el Ayuntamiento de Fortuna, firmado en Madrid el 1 de diciembre de 2000?

¿No se va a hacer nada de nada para poner en valor lo que queda de las carpetas con escritos y recortes periodísticos, que se encuentran todavía arrambladas, secuestradas, en un rincón de la biblioteca municipal, a pesar del ofrecimiento de varios investigadores murcianos para su digitalización, catalogación, estudio y posterior divulgación, a fin de ponerlo al servicio de la ciudanía local, regional y nacional?

¿Era merecedor Salvador Pérez Valiente de la afrenta que supone que el Ayuntamiento de Fortuna haya dejado pasar todo el año 2019 —en que se celebraba el centenario del nacimiento del poeta—, sin que el equipo de gobierno haya encontrado tiempo para celebrar un pleno extraordinario nombrándolo Hijo Adoptivo de la Villa, a pesar de que el acuerdo para ese nombramiento se tomó por la comisión informativa correspondiente, después de finalizado el expediente que se había incoado para tal fin, hace ya más de un año?

¿Refleja esta lamentable, triste y penosa situación la poca sensibilidad cultural del actual equipo de gobierno integrado por Finabel Martínez Romero, alcaldesa y representante de Ciudadanos, José Enrique Gil Carrillo, portavoz del PSOE —quien propuso en sus años de alcaldía el ambicioso eslogan de *Fortuna, tierra de poetas*— y Miguel Cano Pérez, portavoz de Unidas por Fortuna?

¿HASTA CUÁNDO?

La Voz de Fortuna